

Virgilio, poeta del «Imperium»

El apogeo a que había llegado el Imperio Romano hizo que naciera entre el pueblo la idea de divinizar a Augusto para divinizar de esa manera al Imperio, atribuyéndole un origen divino. Esa idea que bullía en las mentes del pueblo y de los Emperadores mismos, encontró un intérprete de las cualidades de Virgilio que, a ese fin, construye la *Eneida*, el poema nacional de la Roma imperial, fusionando con técnica sin par la historia y la leyenda. Trata el poeta mantuano de celebrar la grandeza de una villa cuya existencia separaba de la realidad una barrera de siglos. En la mente romana latía un vivo deseo de gloria, inserto en toda una larga tradición helénica. Los *Annales*, el poema de Ennio, habían sido la epopeya nacional romana que en la actualidad estaba ya un poco gastada; se imponía, por lo tanto, un nuevo poema que cantara las glorias y grandezas de la Roma de Augusto.

Virgilio posee un vivo sentimiento patriótico, un sentido claro del desarrollo y destino de Roma, un legítimo orgullo al ver ahora tan grande y poderosa a la que fué en su origen tan débil y pequeña. Virgilio adopta como suyo al protagonista de la *Iliada*. Lo hace hijo de Anquises y de Venus. Después de la destrucción de Troya lo lleva al frente de una flota de 20 navíos hasta el lugar donde se levantará la sede del Imperio, la Roma imperial. Reconoce en Numitor, Rey de Albalonga, un descendiente del héroe troyano y hace al dios Marte y Rea Silvia, hija de Numitor, padres de Rómulo, fundador de Roma.

Ha elegido como héroe de su epopeya a Eneas y no a Rómulo, mucho más conocido entre el pueblo, porque pensaba ofrecer un monumento de agradecimiento al Emperador. La familia de los Césares —la *domus Julia*— se gloriaba de ser descendientes directos de Eneas, ya que consideraban a Julio, hijo de Eneas, como su pa-

dre. Y por eso cantando al padre de los romanos, celebraba la descendencia de los Julios: con eso daba al poder imperial una apariencia legítima, haciéndole heredero natural, al través de los siglos, de los Reyes de Roma, y atribuyéndole un origen divino. De esa manera, al divinizar a los Emperadores hace también al Imperio y a la ciudad de Roma, objeto de la predilección divina. Al mismo tiempo que Virgilio pretende cantar las glorias de su patria, paga al príncipe su deuda de agradecimiento personal y cumple la promesa que le había hecho de elevarle un monumento inmortal ¹.

La idea que sobre el Imperio de Roma expresa la *Eneida* no es, en modo alguno, propia y exclusiva de Virgilio. Nuestro poeta, como todos los escritores, es en gran parte esclavo de la época y del ambiente. Y en el ambiente y en la época de entonces flotaba dominante entre el pueblo la idea de que ellos constituían el «*Orbis Terrarum*»: para ellos se confundían el mundo y Roma. Y es precisamente esa fusión, con la consiguiente supremacía de Roma y detrimento para el mundo, la idea principal de Virgilio. El fundamento de esa idea de la supremacía de Roma se encuentra ya en los analistas latinos: Catón en sus *Origenes* y Varrón en sus *Antiquitates* han sido los fundadores de esa idea, que ofrece a Tito Livio los principios de su *Historia Romana* ².

En el otoño del año 40, a raíz de la paz de Brindis en que Asinio Polión prestó un valioso servicio, pareció iniciarse una nueva era de paz y de prosperidad para Roma y para el mundo entero. Entonces los ojos del poeta se agobian de augurios y escribe su famosa y misteriosa Egloga IV, en la que vaticina una nueva época irénica, ideal de todas las aspiraciones del pueblo romano. «Concebida en el júbilo febril de un armisticio que los combatientes anhelaban con ardor creyéndolo definitivo, la Egloga IV tradujo con suaves y vivos colores que ya no han de extinguirse, la hora de delicioso estremecimiento en que todo el imperio trastornado creía llegar el término de sus desgracias» ³.

¹ Cfr. *Georg.* III, 16-39.

² Cfr. A. M. GUILLEMIN, *Virgile, poète, artiste et penseur*, Paris, 1951, página 191.

³ CARCOPINO, *Virgile et le mystère de la IV^e Eclogue*, Paris, 1930, pág. 211 citado por ECHAVE-SUSTAETA, *Virgilio*, Clás. Labor, Barcelona, 1947, pág. 32.

La actividad irénica de Polión en el año 40, con el consiguiente reparto de tierras para Lépido, Octavio y Antonio, hizo que los ojos de todos se volvieran hacia él como hacia uno de los grandes personajes del Estado. Por eso no es de extrañar que Virgilio le dedicara una égloga que anuncia la edad de oro y de paz, en la que el entusiasmo patriótico hace a Polión el pacificador del mundo y a su hijo el descendiente de Júpiter. Sin embargo, a pesar de que todo eso pudiera ser cierto, «il est inadmissible, como observa muy atinadamente Bellessort, que Virgile ait dédié à Pollion, ami d' Antoine, un poeme où il portait aux nues la postérité d' Octave, et une postérité douteuse, puisqu' il ne savait pas encore si ce serait un garçon»⁴.

Ese misterio que se respira en todos los versos de la Egloga IV ha hecho que muchos consideren a Virgilio como un profeta. «Ces belles peintures et ces grandes promesses que prodigue le poète, cette émotion de la nature, ces tressaillements de la terre et des cieux qui saluent le divin enfant, ce bonheur prédit à l'humanité des qu'il sera descendu des hauteurs du ciel, ce renouvellement et pour ainsi dire cete renaissance du vieux monde qui reprend avec lui sa jeunesse et recommence ses premières années, semblent convenir tout à fait au Sauveur»⁵. Parece que en ese «*puer*» se encierra un símbolo, un niño indeterminado, un niño mesiánico, ya que Virgilio poseía un delicado sentido religioso, fomentado por las predicciones orientales, por sus conocimientos órficos y por los viejos oráculos etruscos. No obstante todo el pretendido mesianismo de la IV Egloga, está fuera de toda posible interpretación el carácter sobrenatural de la misma, carácter presentido desde los primeros siglos por el mundo cristiano, sancionado por el emperador Constantino⁶ y corroborado por San Agustín⁷.

⁴ *Virgile. Son oeuvre et son temps*, Paris, 1949, pág. 68.

⁵ G. BOISSIER, *La religion Romaine*, 8 ed. Paris, s. a., pág. 257-258.

⁶ Nos cuenta Eusebio que en su discurso a los Padres del Concilio de Nicea, Constantino no dudó en apoyarse sobre la IV Egloga y en traducirla para establecer la divinidad de Cristo. P. G. t. 20, col. 1289-1300.

⁷ Dice S. Agustín en la Epist. 258: «Nam omnino non est cui alteri praeter Dominum Christum dicat genus humanum:

Como muy acertadamente afirma el Agustino P. C. Rodríguez en su maravilloso estudio *El alma virgiliana de S. Agustín*, «quedémonos con el Virgilio cristiano a medias que el Obispo de Hipona nos ha legado. Es el Virgilio de la historia. Nada supo claramente. Ignoraba que al hablar por boca de la Sibila, para que sus versos fueran dignos de un cónsul, la Egloga IV había de ser digna de un Dios». Ese niño que ocupa gran parte de la visión virgiliana, constituye un enigma para quienes han pretendido determinar la personalidad del mismo ⁸. Pero a nosotros ya no nos importa si Virgilio pudo o no prever que el niño que nació bajo el dominio de Augusto o de Polión, había de renovar y revolucionar el mundo: ciertamente no lo pudo prever. Pero el hecho es que ese niño nació, y que Virgilio, cuarenta años antes, había predicho que un niño dirigiría la renovación universal del mundo. De todos los modos tendremos que confesar que en la Egloga IV hubo una gran coincidencia, y no podremos por menos de admitir en su autor ese algo milagrosamente intuitivo que hay en los genios.

Dado el exagerado «*nacionalismo*» de Virgilio, se pueden explicar fácilmente los términos hiperbólicos de la Egloga. Pero de todas maneras, si Virgilio no alcanza los honores de profeta mesiánico por su Egloga IV, históricamente el mantuano será siempre un verdadero profeta que supo prever el dominio, la influencia y la misión eterna de Roma, no de Roma como organización

«Te duce si qua manent sceleris uestigia nostri
inrita perpetua soluent formidine terras» Egl. IV, 13-14.

Quod ex Cumaeco, id est, Sybillino carmine se fassus est transtulisse Virgilius; quoniam fortassis etiam illa uates aliquid de unico Salvatore in spiritu audierat». Epist. 258, P. L. t. 33, col. 1073.—cfr. De ciu. Dei, X, 27, P. L. 41, col. 305; Epist. 137, P. L. 33, col. 521.

⁸ G. BOISSIER, *La Religion Romaine*, 8 ed. Paris, s. a., págs. 256-262.

J. CARCOPINO, *Virgile et le Mystère de la IV^e Eclogue*, Paris, 1930.

H. JEANMAIRE, *Le Messianisme de Virgile*, Paris, 1930..

C. RODRÍGUEZ, *El alma virgiliana de S. Agustín*, El Escorial, 1931.

CURCIO, *Storia della Letteratura Latina*, Roma, 1934, vol. III, pág. 27.

TOVAR, *Eglogas de Virgilio*, Introd. y notas, 2 ed. Madrid, 1951, p. 59-61.

SERVIO, *Comm. in Buc.*, ad IV, 11.

Revue des Études latines, 1926, p. 82-84.—ID., 1929, p. 254-256.

política, sino de Roma como síntesis y compendio de la civilización antigua, y como personificación de la cultura occidental o latina.

La impresión que nos causan los monumentos romanos por su solidez y por su simetría, esa misma nos producen los 9875 versos de la *Eneida* con los que Virgilio levantó al nombre glorioso de Roma y de su Imperio el monumento más duradero de todos los tiempos. A veces la fluidez del verso, la flexibilidad de la expresión, la riqueza de las imágenes, símiles, metáforas, etc., hace que perdamos de vista la idea central de la obra que no es otra que la divinización del *Imperium Romanum*. Sin embargo, esa idea crece majestuosa e inconscientemente en la mente del lector estudioso conforme va asimilando los maravillosos detalles que componen la obra total. Detalles son la tempestad, tan estupendamente descrita en el primer libro; la destrucción de Troya, del segundo y tercero; la sentimental historia de Dido, del cuarto; los juegos fúnebres, del quinto; y por no citar más, la misteriosa bajada al infierno que ocupa todo el sexto. Y a pesar de la heterogeneidad de esos detalles, Virgilio ha sabido dar a su poema una cohesión tan precisa, dirigida a la realización en su epopeya de la idea nacional que flotaba por doquier, y de la que él se hizo intérprete y cantor.

La idea de la divinización de Roma no nació espontáneamente. Fué una consecuencia lógica de la institución del Imperio, en que ambos poderes se fundían en la persona del emperador. Es lo primero que brota de Virgilio: el Emperador es dios. Este pensamiento lo vemos ya en la primera Egloga. Despojado de sus bienes, como aquellos ocho mil desposeídos del término de las dieciocho ciudades más ricas de Italia, Virgilio vuela a Roma, en donde apoyado por amigos influyentes obtiene de Octavio la devolución de sus posesiones. A pesar de eso y de la inmensa gratitud que nace en su corazón agradecido, no pueden borrarse de su alma las huellas de tristeza que siente por sus otros compañeros. La alegría de Tí tiro está empañada por el dolor de Melibeo, camino del destierro. Y se inicia entonces el dulce dialogar de los pastores:

Melibeo.— «Tú, aquí, Tí tiro, so el abrigo de una tendida haya, con tenue avena ensayas pastorales cantos. Nosotros abandonamos los lindes de la patria y los amenos campos; nosotros de la patria hemos huído».

Títiro.— «¡Oh Melibeo! Fué un dios quien me dió esta holgura».

Melibeo.— «Mas dime ya, Títiro, este dios cuál sea»⁹.

Y en la respuesta Títiro identifica Roma con el Emperador, y al reconocer a éste como dios, debe también hacer a Roma participante de los honores divinos.

Títiro.— «Y yo, necio de mí, había pensado, Melibeo, que la ciudad que llaman Roma era semejante a ésta nuestra, adonde con frecuencia tenemos costumbre de llevar los primales los pastoresovejeros».

Y termina con esta atrevida comparación:

Verum haec tantum alias inter caput extulit urbes
Quantum lenta solent inter uiburna cupressi¹⁰.

Frente a esa idea de la Roma virgiliana se nos presentan los nombres de ciudades antiguas como Babilonia, Cartago, etc., y así comprendemos plenamente la impresión que causó en Virgilio la vista de la Capital del Imperio.

Virgilio que ya antes había cantado en los versos admirables de sus *Geórgicas*:

Salve, magna parens frugum, Saturnia tellus
magna uirum¹¹,

va a escribir ahora la epopeya gloriosa de esa tierra, haciéndose eco del deseo de todos los romanos y respondiendo a una promesa al Emperador, asociando a la gloria de Roma toda la gloria y honor de los pueblos itálicos¹².

En el poema nacional virgiliano se desenvuelve esa idea de la grandeza de Roma, idea que se desarrolla y se engrandece, haciéndose Roma de grande primera, y de primera pasa Roma a ser guía eterno de los pueblos y de las naciones todas del mundo. Roma para Virgilio se alza en la gran encrucijada de la historia, como una síntesis admirable y gigantesca de los destinos del mundo, como

⁹ *Egloga I*, 1-6, 18. Empleamos la traducción de Lorenzo Riber, publicada en Madrid, ed. Aguilar, 1945. En el texto latino, la de Arthur Hirtzel, Oxford.

¹⁰ *Egloga I*, 24-25.

¹¹ *Geórg. II*, 173-174.

¹² Cfr. BOISSIER, *Nouvelles promenades archéologiques, Paris, s. a.*, p. 261.

punto de convergencia para todos los pueblos que la precedieron y que no tuvieron otra misión que crearla y engrandecerla, como punto de arranque de todas las civilizaciones posteriores que brotaron del fragmentado Imperio Romano.

Esa es la idea que naturalmente fluye de la *Eneida*: divinizar a Roma para de esa manera poder eternizarla. Mostrar que en ella todo obedece a un orden preestablecido, a un «*F A T V M*», que al decir de Teodoro Haecker es «*la palabra teológica de la Eneida*»¹³, y de ese modo garantizar la hegemonía universal de la misma.

El cantor de la vida del campo y de pastores se encontró con un ambiente nuevo que influyó en la producción poética de su pluma. Los sucesos de los últimos años del siglo I antes de Cristo, la victoria y el regreso a Roma de Octavio después de la batalla de Actium en el año 31, la paz general conseguida en sus campañas militares y expresada de un modo solemne con la clausura del templo de Jano, la consagración de su autoridad con los nuevos títulos de «*PRINCEPS*» y de «*AVGVSTVS*» las ideas de poder, de gloria, de misión eterna y civil que reverberan sobre la *Vrbs*, fueron los motivos que más directamente indujeron a Virgilio a lanzarse por los árduos caminos del poema épico.

El tema no carecía de dificultad, y no era la menor la elección del protagonista en torno al cual había de girar toda la trama del poema. El protagonista de la obra debía servir a la elevación y justificación de la familia imperial y debía perderse en los orígenes legendarios de Roma, sin ofender el orgullo de estirpe de los romanos. Y Virgilio, como apunta muy acertadamente Rostagni, «con la agudeza sublime de su genio, traslada de un modo radical todo el presente, esto es, los hechos de Augusto y las aspiraciones del nuevo Imperio, en una visión que comprende la inmensidad del pasado y del futuro, misión que se ilumina con la luz sagrada proyectada por el *Mito*, la *Religión*, el *Fatum*, y las predicciones e inspiraciones eternas»¹⁴. «Virgile était un érudit, l'un de

¹³ *Virgilio, Padre de Occidente*, Colec. Sol y Luna, E. P. E. S. A., Madrid, s. a., pág. 131.

¹⁴ *La Letteratura di Roma Repubblicana ed Augustea*, Bologna, 1939, p. 309.

ces antiquarii que l' amour de la science et plus encore peut-être le patriotisme ont incité à scruter le passé»¹⁵, por eso el héroe que Virgilio escoge para su obra tenía que ser ilustre y se remontaba a la epopeya homérica: hijo de Venus y de Anquises. El poeta no pudo escoger otro protagonista más adecuado, ya que la *domus Iulia* adoraba a Venus como divinidad protectora y Julio César había tenido la osadía de pretender descender de ella, según el testimonio de Suetonio: «*A Venere Iulii, cuius gentis familia est nostra*»¹⁶.

Virgilio tiene mucho interés en que sea un ascendiente de la *gens Iulia* a la que pertenece el *Princeps* y *Diuus Augustus* el que aparezca como fundador y como el representante ideal del *Imperium* romano.

Eneas es un llamado por los dioses —*poscor Olympo*, VIII, 533 — para vivir al servicio de la gloria y de las inspiraciones del *Fatum*. Una voz soberana lo mueve a su antojo, según confiesa él mismo: «*data fata secutus*»¹⁷. Al héroe virgiliano se le ha asignado una misión que cumplir y él lo sabe muy bien, aunque ignora por completo el modo de cumplirla. Es un juguete del *Fatum* — «*literalmente, como observa Haecker, aquello que alguien ha dicho; sencillamente: lo dicho*»¹⁸ — y angustiado por el sufrimiento unas veces, otras exaltado por el gozo, por el triunfo, sabe con certidumbre que existe un fin, una misión que cumplir¹⁹. Y ¿cuál es la augusta misión que le aguarda? Ya en la última noche de la Troya destruida y vencida se la comunica Héctor²⁰. Pero será su mismo padre, Anquises, quien se la relata por entero en el bellissimo pasaje del encuentro del padre e hijo en los sotos del Leteo, donde le presenta el coro de héroes romanos y le enciende su ánimo en el ansia de la gloria venidera:

En huius, nate, auspiciis illa incluta Roma
imperium terris, animos aequabit Olympo²¹.

¹⁵ A. M. GUILLEMIN, *op. cit.*, pág. 194.

¹⁶ SUET., *Caesar*, 6.

¹⁷ *Aen.* I, 382.

¹⁸ HAECKER, *op. cit.*, pág. 134.

¹⁹ ECHAVE-SUSTAETA, *op. cit.*, pág. 110.

²⁰ *Aen.*, II, 290-295.

²¹ *Aen.*, VI, 781-782.

Como advierte muy bien Echave-Sustaeta, «no a Rómulo, sino a él cumplirá la fundación de Roma la Excelsa, que igualará su Imperio al universo y su ánimo a la altura de los cielos»²².

Todo el ideal de Eneas y de los héroes virgilianos se centra en la grandeza de Roma, en el *Imperium*, en el imperio y en la paz impuesta a las gentes, en la cultura y en la civilización romana propagada por el mundo. Eso es lo que desde las misteriosas regiones de ultratumba condensa Anquises en el famoso mensaje de imperialismo:

Tu regere imperio populos, Romane, memento
(hae tibi erunt artes), pacisque imponere morem,
parcere subiectis et debellare superbos²³.

Pero antes de todo eso es preciso que Eneas, «el caballero errante de los afectos más sagrados: Dios, Patria, Familia»²⁴, emprenda la larga marcha en el destierro que tiene en la mente de Virgilio la honda y densa significación del destierro Romano. Eneas cabalga sobre los núcleos míticos en que se apoya la *Eneida*, y que no son otros que el destierro y el andar errante hacia la tierra de los hados, el arribo al Lacio y la lucha final: Troya y Roma como puntos de partida y llegada. Toda la trama de la obra está construída en torno a las ideas fundamentales de la grandeza de Roma y de la predestinación de Roma al gobierno universal de todos los pueblos.

El campeón infatigable que sostiene el combate, siempre presto al ataque y a la réplica, que entra en juego en el verso 37 del libro primero, que permanece presente en la escena sin desfallecer, y que desaparece, pero con los honores de la victoria en el verso 840 del libro XII, es Juno. Sin embargo la victoria —y ésta constituye el verdadero desenlace de la *Eneida*— pertenecerá a Venus, es decir, al destino. «Mais le défaite est glorieuse, digne de la reine des dieux, car Junon ne se retire qu'en posant ses conditions»²⁵.

²² ECHAVE-SUSTAETA, *op. cit.*, pág. 112.

²³ *Aen.*, VI, 851-853.

²⁴ FUNAIOLI, *Studi di Letteratura antica*, Bologna, 1947, vol. II, T. I, p. 268.

²⁵ A. M. GUILLEMIN, *op. cit.*, pág. 207-208.

Veamos pues, de qué manera Virgilio ha sabido engrandecer a Roma al través de sus versos, y al través siempre del destino infranqueable de los dioses del Olimpo. Para eso vamos a iniciar una excursión, llevando por guía y compañero de nuestro viaje a la *Eneida*. Bástenos ir espigando los lugares que más nos ayuden a formarnos la idea imperialista que se propusiera el mantuano.

La destrucción de Troya hace que un puñado de sus habitantes se embarquen hacia nuevas tierras, capitaneados por Eneas. Virgilio epiloga ya en los primeros versos de su epopeya todo lo que va a decir. Ya desde el principio el poeta tiene sumo cuidado en sellar a su héroe con lo sobrenatural, con el *Fatum*:

..... Troiae qui primus ab oris
 Italiam *fato* profugus Lauiniaque uenit
 litora ²⁶.

Otro héroe troyano, Héctor, que surge del cataclismo de Troya y al mismo tiempo justifica la huida de Eneas, le abre el futuro de los hados:

Heu! fuge, nate dea, teque his, ait, eripe flammis.
 ...Sacra suosque tibi commendat Troia penatis;
 hos cape fatorum comites, his moenia quaere
 magna, pererrato statues quae denique ponto ²⁷.

No faltará el enviado divino que le haga conocer los detalles todos de su misión, y le indicará el lugar y el modo cómo ese reino llegará a ser una realidad grandiosa:

.....: Non haec sine *numine diuom*
 eueniunt;
 Longa tibi exsilia et uastum maris aequor arandum,
 et terram Hesperiam uenies, ...
 Illic res laetae regnumque et regia coniunx
 parta tibi... ²⁸.

²⁶ *Aen.*, I, 1-3.

²⁷ *Aen.*, II, 289-295.

²⁸ *Aen.*, II, 777-784.

Cuando a petición de Dido, Eneas relata las peripecias de su viaje, atribuye todo a la voluntad de los dioses que son los que dirigen toda la peregrinación al través de los mares. Cuando en el libro tercero Eneas refiere su viaje, lo hace en estos términos:

Diursa exsilia et desertas quaerere terras
auguriis agimur diuum ²⁹.

Y añade más adelante, poniendo de relieve el carácter religioso de todo lo que les sucede:

Religio et cuncti suaserunt numine diui
Italiam petere et terras temptare repostas ³⁰.

Es también ese mismo carácter del *Fatum* el que se manifiesta en las trágicas palabras de Virgilio cuando nos cuenta la difícil situación de Eneas atraído por el amor de Dido de una parte y empujado, por otra, por la fuerza irresistible de los dioses que le marcan la ruta que debe seguir en toda su vida:

Multa gemens magnoque animum labefactus amore
iussa tamem diuum exequitur classemque reuisit ³¹.

Eneas se disculpa ante la no correspondida Dido, para la que no tiene pretextos sino la verdad cruda, que no es otra que el egoísmo sagrado de la patria y el mandato de los dioses. El héroe se sobrepone a los sentimientos del hombre, atraído por el *eros*, y brota de sus labios la confesión:

Hic amor, haec patria est...
Italiam non sponte sequor... ³².

Luego será Juno, la diosa protectora de Cartago y enemiga de los Troyanos, la que levanta una furiosa tempestad que pone en pe-

²⁹ *Aen.*, III, 4-5.

³⁰ *Aen.*, III, 363-364.

³¹ *Aen.*, IV, 395-396.

³² *Aen.*, IV, 347 y 361.

ligro los planes de los dioses. Pero el *pius Aeneas*, presa del sentimiento religioso, está dispuesto a obedecer siempre al *Fatum* y ejecutar la suprema misión de ía que está investido, y a pesar de la oposición de los elementos avanza en su camino, ya que el hado le había mandado fundar Roma. Virgilio nos da la explicación de todos los trabajos de Eneas:

Tantae molis erat Romanam condere gentem ³³.

Pasada la tempestad, Eneas consciente de su destino, se dirige a sus compañeros y les anima con estas palabras:

...reuocate animum maestumque timorem
mittite...
tendimus in Latium sedes ubi *fata* quietas
ostendunt ³⁴.

Y luego Venus, temerosa de que Júpiter haya revocado el decreto que aseguraba a los romanos, descendientes de Eneas, un Imperio eterno, le dice suplicante:

...O qui res hominumque deumque
aeternis regis imperiis et fulmine terres
certe hinc Romanos olim uolentibus annis,
hinc fore ductores, reuocato a sanguine Teucris,
qui mare, qui terras omnis ditione tenerent,
pollicitus. Quae te, genitor, sententia uertit? ³⁵.

Y más adelante pronuncia las palabras que abren el porvenir imperialista de Roma:

His ego nec metas rerum nec tempora pono:
imperium sine fine dedi ³⁶.

Ahí está la profecía de Venus que hará a los Romanos los due-

³³ *Aen.*, I, 33.

³⁴ *Aen.*, I, 202-206.

³⁵ *Aen.*, I, 231-237.

³⁶ *Aen.*, I, 278-279.

ños de la tierra y que da a Roma el título honroso de la *Urbs aeterna*. Y no para ahí Virgilio: agradecido, sin duda, al César que le devolvió sus posesiones de Mantua, y haciéndose eco de las aspiraciones de Augusto y de la opinión del pueblo, diviniza a Octavio:

Nascetur pulchra Troianus origine Caesar,
Imperium Oceano, famam qui terminet astris,
Iulius, a magno demissum nomen Iulo ³⁷.

Siempre al través de toda la narración virgiliana el carácter providencialista que rige invariablemente los destinos de Roma y que hace que Dido les dispense un acogimiento digno, después de ser avisada por un mensajero de lo alto.

..... ne fati nescia Dido
finibus arceret ³⁸.

Una noche, en aquella visión fantástica de Eneas, cuando todo dormía en paz, son los dioses mismos, bañados de claridad, quienes le auguran días mejores y le prometen un imperio:

Nos tumidum sub te permensi classibus aequor,
idem uenturos tollemus in asira nepotes
imperiumque urbi dabimus ³⁹.

En el pensamiento de Virgilio ocupa un lugar preferente el hecho de la fundación de Roma, que no fué obra de los hombres sino efecto de un decreto del Olimpo, decreto que nadie ni nada podría neutralizar o contrastar. A la oposición de la enemiga Juno, las palabras de Júpiter; a la tempestad, la calma y la bonanza; a la incertidumbre y la duda se oponen siempre la promesa y el decreto de los dioses. Renace la esperanza hasta por las palabras mismas de los Penates Frigios.

Uno de los lugares más emotivos de la *Eneida*, que hacía derra-

³⁷ *Aen.*, I, 286-288.

³⁸ *Aen.*, I, 299-300.

³⁹ *Aen.*, III, 157-159.

mar lágrimas de compasión al niño Agustín cuando en la escuela leía por primera vez los amores de Dido ⁴⁰, y al mismo tiempo uno de los lugares donde más claro se manifiesta el carácter providencial, el *Fatum*, que preside todas las páginas de la Eneida, en las que se repite casi hasta la saciedad (¡son unas setenta las veces que se lee!) ese carácter providencial que distingue a Roma y la hace jefe espiritual del mundo, es la escena de los amores de Dido y de Eneas que Juno fomenta para impedir por todas sus fuerzas la fundación de la *Vrbs* y del *Imperium*. Ya antes de llegar al período álgido de esos amores, oímos de nuevo la voz profética que dice:

Sed fore qui grauidam imperiis belloque frementem
Italiam regeret, genus alto a sanguine Teucris
proderet, ac totum sub leges mitteret orbem ⁴¹.

Ese es el momento más crítico para Roma. Ante los amores de Dido, Eneas deja entrever su corazón amoroso y la necesidad de un hogar perdido que va buscando en vano. Parece que Eneas se ha olvidado ya de su misión y va a cambiar los destinos de los dioses por el amor de una reina extranjera. Pero en toda esa escena hay un aire *fatal*: el cielo lo quiere así y el hombre inclina la cabeza con un grito de angustia. Para eso es preciso que un mensaje divino recrimine a Eneas con las palabras más fuertes y despreciativas. El reproche dirigido a Eneas por los dioses llega hasta el colmo de la aspereza y de la crueldad:

...Tu nunc Karthaginis altae
fundamenta locas pulchramque *VXORIVS* urbem
exstruis? heu, regni rerumque oblite tuarum ⁴².

Para nosotros, son las palabras más duras que pudiera oír el *p i u s A e n e a s*, él destinado por los dioses para fundar el imperio más fuerte del mundo. Pero si han sido crueles y duras esas palabras, han sido también capaces de producir la separación de los

⁴⁰ *Confess.*, I, 13, 20-21.

⁴¹ *Aen.*, IV, 229-231.

⁴² *Aen.*, IV, 265-267.

dos amantes, separación que significa para Eneas la liberación, y que es el acto supremo de su propia redención, el momento épico.

Luego viene la escena profundamente conmovedora. Dido se ha dado cuenta de los rumores misteriosos que han conmovido a Eneas en todo su cuerpo, rumores que presagian el abandono, la soledad — «*quis fallere possit amantem*»?— Empieza el drama doloroso del amor no correspondido: todos los insultos que vomita el amor herido de la reina, se quiebran en el pecho de granito de Eneas, que alentado siempre por los hados «*Italiam non sponte sequitur*». Una vez más frente a frente Roma y Cartago, la cultura romana y la cultura oriental, y una vez más el pensamiento de la misión providencial del Imperio, en cuyo servicio, contra todos los pesares, Eneas se apresta a ejecutar los mandatos de los dioses, y permanece impasible ante el hondo drama que se cierne en la cámara regia:

Fata obstant placidasque uiri deus obstruit auris ⁴³.

La esperanza tantas veces perdida y otras tantas recuperada, se hace por fin realidad con la vista de Italia en el horizonte lejano. Ya no es la Italia que se les escapa de las manos — «*Italiam sequimur fugientem*», Aen. V, 629— es ahora la realidad cumplida. Así podemos explicarnos los gritos alborozados de los tripulantes al divisar, con la primera luz del alba, los oscuros montes y la llanura de Italia. La misma proximidad de la suspirada Italia y la inminencia de los acontecimientos de tanta transcendencia para el mundo entero, hacen necesario un mandato final:

...lectos iuuenes, fortissima corda,
defer in Italiam ⁴⁴.

Es preciso que los fundadores y los cimientos de la nueva Roma y del nuevo Imperio sean escogidos y fuertes, ya que Roma es la escogida por los dioses para ser la fuente de la eterna juventud del mundo, por sus instituciones, sus leyes, su organización y su cultura.

⁴³ *Aen.*, IV, 440.

⁴⁴ *Aen.*, V, 729-730.

Una vez ya en suelo latino, mientras sus compañeros estudian el país y escudriñan las guaridas de las fieras y tratan de sacar fuego del pedernal para preparar sin duda el sacrificio, el piadoso Eneas penetra en el templo de Apolo para consultar a la Sibila, que va a ser el guía de su peregrinación por los infiernos. Llegado a los Campos Elíseos sueña con la gloria y el esplendor futuros de Roma. De nuevo en Virgilio brota el agradecimiento hacia su protector y con dulce ilusión sueña en los orígenes divinos de Augusto, sueña y construye los tronos reservados a los fundadores de la grandeza romana y de su Imperio, y una vez más el sello de la divinidad en la familia imperial:

Hic uir, hic est, tibi quem promitti saepius audis
Augustus Caesar, diui genus ⁴⁵.

Y luego, casi al final del libro VI y al final del discurso de exhortación de su padre Anquises, dejando para Grecia, la idealista Grecia, el dulce *otium*, y reservando a Roma el *negotium*, las palabras del anciano dejan salir a la superficie y a la luz pública el destino eterno del Imperio con la noble misión asignada por los hados al pueblo romano:

Tu regere imperio populos, Romane, memento
(hae tibi erunt artes), pacisque imponere morem,
parcere subiectis et debellare superbos ⁴⁶.

De las costas italianas frente a Sicilia, parte Eneas con su flota para Gaeta. Llegado a la desembocadura del Tíber, desembarca y entabla conversaciones con el rey Latino que escucha, maravillado y absorto, las razones del enviado de Eneas sobre su arribo a la tierra del Lacio. Y Virgilio una vez más vuelve a insistir sobre el carácter fatídico — propio de los *Fata* — que preside la vida entera del héroe troyano, y declara al rey el origen divino del navegante que ha llegado a sus costas:

⁴⁵ *Aen.*, VI, 791-792.

⁴⁶ *Aen.*, VI, 851-853.

..... Rex ipse Iouis de gente suprema:

Troius Aeneas tua nos ad limina misit ⁴⁷.

Por fin consigue Eneas que Latino le prometa su alianza, alianza que facilitaba y aseguraba el establecimiento del Imperio. Pero de nuevo las iras de Juno, la encarnizada enemiga de los Troyanos, y de Alecto levantan barreras casi infranqueables. Con una astucia sin igual Alecto incita a Turno a aliarse con Latino, para hacer frente a las invasores troyanos que pretenden apoderarse de los reinos itálicos. Oigamos los planes de Juno, tal como nos los cuenta Virgilio con una realidad insuperable:

..... ne noster honos infractaue cedat
fama loco, neu conubiis ambire Latinum
Aeneade possint Italosue obsidere finis.

..... Fecundum concute pectus,
disice compositam pacem, sere crimina belli;
arma uelit poscatque simul rapiatque iuuentus ⁴⁸.

El pasaje en que Alecto entra en acción y convence a Turno del carácter invasor de Eneas y sus compañeros es de lo más realista e impresionante que nos ha dejado Virgilio. El éxito de Alecto fué rotundo, y completo el cambio que se obró en el interior de Turno por las palabras que Juno pusiera en labios de Alecto. Fué tan activo el veneno depositado en el corazón de Turno que lo transformó en fiera y terminó por inmolarlo en una lucha inútil contra los troyanos. Oigamos a Virgilio:

Olli somnum ingens rumpit pauor, ossaque et artus
perfundit toto proruptus corpore sudor.

Arma amens fremit, arma toro tectisque requirit:
saeuit amor ferri et scelerata insania belli ⁴⁹.

Juno y Alecto convenciendo a Turno, constituyen el último y

⁴⁷ *Aen.*, VII, 220-221.

⁴⁸ *Aen.*, VII, 332-340.

⁴⁹ *Aen.*, VII, 458-461.

más serio obstáculo que tuvo que superar Eneas en su marcha hacia Roma. Las furias y la ira de Juno y Alecto hace que se junten para conspirar y hacer fracasar los planes del *Fatum*, que había arrinconado a ellas mismas hacía tiempo. Con ese fin escogen a Turno como instrumento de su venganza contra Troya, contra Eneas y contra el Imperio y la ciudad que había de alzarse sobre las cenizas humeantes de una lucha estéril para Turno. Pero los mismos hechos harán que ambas desaparezcan barridas por el huracán de los decretos divinos, y de ese modo quedará despejado el horizonte para la Roma eterna y universal.

Después de haber surcado las aguas del Tíber — *Caeruleus Thybris* — y cuando ya el sol, un sol de fuego, esparce desde el cénit sus rayos sobre el mundo, viene el momento emocionante de la aparición de Roma, «*quae nunc Romana potentia caelo / aequavit*», Aen, VIII, 99-100. Poco después pactan Eneas y Evandro, quien les muestra los lugares venerandos de Roma. No podemos por menos de maravillarnos al ver el religioso recogimiento con que Eneas sigue las explicaciones de Evandro, tal como nos lo describe Virgilio:

Miratur facilisque oculos fert omnia circum
Aeneas, capiturque locis et singula laetus
exquirisque auditque uirum monimenta priorum ⁵⁰.

Desfila luego ante la imaginación de Eneas, como un *film* delicioso, toda la historia de Roma. La leyenda del Tíber, arteria de la civilización; la fatídica puerta Carmental; la gruta Lupercal, asilo de Rómulo; la roca Tarpeya y el Capitolio, y en una feliz anticipación de tiempos, haciendo presente el futuro y pasado el presente, no puede por menos de exclamar:

Aurea nunc, olim siluestribus horrida dumis ⁵¹.

Venus, madre de Eneas y esposa de Júpiter, obtiene que los Cíclopes forjen en la fragua de Vulcano la espada que había de forjar

⁵⁰ *Aen.*, VIII, 310-312.

⁵¹ *Aen.*, VIII, 348.

luego el Imperio Romano con la derrota de Turno. Y poco después Eneas recibe de Venus la orden de enfrentarse a Turno, al mismo tiempo que recibe en sus manos las armas fabricadas por Vulcano, armas a las que están unidos los destinos eternos del Imperio. Según las describe Virgilio, dichas armas son dignas de tal Imperio y de tal forjador:

Terribilemque cristis galeam flammisque uomentem,
fatiferumque ensem, loricae ex aere rigentem,

.....
hastamque et clipei non enarrabile textum ⁵².

La vista de aquellas armas fatídicas hace que una vez más se descorra el velo que oculta la grandeza de Roma y su Imperio universal, que registra satisfecho, al hacer desfilar por sus vías y calzadas

...uictae longo ordine gentes,
quam uariae linguis, habitu tam uestis et armis ⁵³.

Eneas, consciente de todo lo que representa él en la historia de Roma y del Imperio, toma las armas y junto con ellas «*famamque et fata nepotum*». Al fin se traba la batalla, batalla que ocupa los libros once y doce de la *Eneida*. En la primera fase la suerte es adversa a los troyanos que se encuentran en una situación muy crítica. El libro X nos ofrece una sesión solemne del consejo del Olimpo, en la que el cielo delibera sobre la apoteosis de Rómulo. Interviene Venus en pro de los Troyanos y se pronuncia Juno en favor de los Rútulos, súbditos de Turno. Como muy bien dice Guillemin, «Les batailles terrestres se réfléchissent dans le miroir du ciel; les Olympiens leur font écho et prennent parti chacun à sa manière. Les destinées des guerriers, des chefs au moins, sont entre les mains des Immortels» ⁵⁴. La situación en el Olimpo es bien delicada, y según nota Virgilio: «*Cunctique fremebant / caelicolae adsensu uario*».

⁵² *Aen.*, VIII, 620-625.

⁵³ *Aen.*, VIII, 722-723.

⁵⁴ GUILLEMIN, *op. cit.*, pág. 220.

Júpiter les dirige antes una severa reprimenda por las querellas con que perturban la tierra. Venus y Juno, sentadas la una enfrente de la otra, exponen sus puntos de vista, mientras los dioses del Olimpo cambian impresiones y se escucha un prolongado murmullo. Por sin se da el fallo, pero un fallo que no proviene en parte de los dioses, mejor aun del «Pater Omnipotens», sino de los *FATA* — y siempre la misma palabra sobre el destino y la suerte de los troyanos —

Quae cuique est fortuna hodie, quam quisque secat spem
Tros Rutulusue fuat, nullo discrimine habebo,
seu fatis Italum castra obsidione tenentur
siue errore malo Troiae monitisque sinistris.
Nec Rotulos soluo. Sua cuique exorsa laborem
fortunamque ferent. Rex Iuppiter omnibus idem,
FATA uiam inuenient ⁵⁵.

Cuando el «Padre del Olimpo» pronuncia aquellas palabras de pretendida naturalidad: «*Rex Iuppiter omnibus idem*», repudia la justicia homérica, «cette jalousie des dieux qui n'avait de châtiment que pour *l'hybris*, le favoritisme de l'Iliade, l'arbitraire qui guidait leur choix» ⁵⁶. Pero a pesar de la neutralidad que les promete Júpiter, no fué así, y en nada obstan esas palabras al carácter providencialista de la fundación de Roma, ya que está escrita la sentencia cierta e invariable de Turno. En el período álgido de la batalla el mismo Júpiter predice la caída cierta de Turno:

...Etiam sua Turnum
Fata uocant metasque dati peruenit ad aevi ⁵⁷.

Tras la tregua del libro X reconoce Latino que son los hados los que empujan toda la acción de Eneas y pacta con los troyanos. Con eso y con la entrada en acción del terrible Drances, las cosas empeoran para Turno. Los aliados de los Rútulos huyen y el ene-

⁵⁵ *Aen.*, X, 107-113.

⁵⁶ GUILLEMIN, *op. cit.*, pág. 212.

⁵⁷ *Aen.*, X, 471-472.

migo se agiganta más y más cada día. Pero a pesar de todo, Turno no cede ni se entrega, y estalla de nuevo la guerra, la terrible guerra que había de acabar con Turno — *pugna aspera surgit*. Un mensajero lleva a Turno la noticia de un fin desastroso, noticia que desconcierta a Turno y le hace abandonar su escondite en busca de Eneas que a su vez sale al encuentro de su enemigo. Virgilio nos los coloca frente a frente:

Sic ambo ad muros rapidi totoque feruntur
agmine nec longis inter se passibus absunt ⁵⁸.

Y en esos dos personajes nosotros podemos ver enfrentadas otras dos síntesis de dos civilizaciones opuestas, encarnadas en los dos pretendientes al dominio del Lacio por medio del casamiento con la hija del rey Latino.

Virgilio nos pinta a Turno como un esbelto caballero, audaz hasta el extremo e impávido en medio de los mayores peligros. Se muestra implacable ante el encuentro definitivo, y las palabras apaciguadoras de Latino chocan contra él como el martillo sobre el yunque del herrero. Las mismas palabras de su madre que para disuadirlo del combate le halaga en tonos dulces y cariñosos, escuchan la respuesta fatalista de Turno:

...neque enim Turno mora libera mortis ⁵⁹.

Por fin Turno con palabras terminantes, que no dejan lugar a duda, acepta de nuevo la batalla entre Rútulos y Troyanos. Ahora van a ser los jefes de los dos bandos los que van a terminar o con su vida o con la victoria:

...Teucrum arma quiescant
et Rutuli: nostro dirimamus sanguine bellum ⁶⁰.

Y si estas palabras manifiestan la magnanimidad de Turno, su orgullo y su decisión están reflejadas en aquéllas otras que él mis-

⁵⁸ *Aen.*, XI, 906-907.

⁵⁹ *Aen.*, XII, 74.

⁶⁰ *Aen.*, XII, 78-79.

mo profiere: *nulla mora in Turno*. Pero la alabanza más cabal brotó de labios de un moribundo, de Sages, que acude a caballo, ya herido, a donde está Turno y le dice:

Turne, in te suprema salus, miserere tuorum ⁶¹.

Eneas se apresta para el combate, y de nuevo los hados del destino favorecen al troyano que vencerá al fin a Turno, y sellará con la sangre del rúculo la suerte definitiva de Roma, en medio de una extraordinaria afluencia de gentes que acudieron al combate, lleno de interés y de emoción hasta el final. Hay todavía sus peligros para Roma a causa de un dardo que pone en peligro el combate con la vida de Eneas. Sin embargo Eneas es curado, y se recalca una vez más el destino que los dioses han fijado a Eneas:

Non haec humanis opibus, non arte magistra
proueniunt, neque te, Aenea, mea dextra seruat:
maior agit *deus* atque opera ad maiora remittit ⁶².

Por fin se traba el combate decisivo. Turno huye y en la huída le oímos confesar, despechado, el favor que Júpiter dispensa a Eneas:

...Di me terrent et Iuppiter hostis ⁶³.

Herido por una flecha, cae de rodillas y muere a los pies de Eneas que clava su espada en el pecho del rúculo. Ese fué el final de Turno, digno émulo de Eneas, y último obstáculo para la cristalización de los planes divinos de fundar en Roma y en la persona de Eneas un Imperio universal y eterno:

Imperium *sine fine* dedi ⁶⁴.

⁶¹ *Aen.*, XII, 653.

⁶² *Aen.*, XII, 427-429.

⁶³ *Aen.*, XII, 895.

⁶⁴ *Aen.*, I, 279.

Después de terminar esta rápida excursión por los campos de la *Eneida* y antes de despedirnos de nuestro poeta, vamos a meditar unos momentos en la tentación de Eneas ante Dido y en la caída de Antonio en los lazos amorosos que le tendía la hermosa Cleopatra, señalando las últimas consecuencias que se derivan del poema virgiliano ⁶⁵.

Al leer la descripción que del escudo que Venus da a Eneas nos hace Virgilio, parecemos presenciar toda la historia romana con anterioridad de siglos. El centro de esa obra de orfebrería que cincelara Vulcano nos muestra la batalla de Actium en la que se opusieron frente a frente las dos culturas: la romana y la occidental frente a la oriental, personificada en la reina de Egipto.

A primera vista parece que es idéntica la situación de Eneas y la de Antonio, parece que Dido es una personificación de Cleopatra. Dido como Cleopatra es africana, mejor aún, oriental. Con la boda de Dido y de Eneas se hubieran desbaratado los planes que el *Fatum* había señalado al pueblo romano. Con la unión de Antonio y de Cleopatra surgieron, en realidad, nuevos intereses en pro de un nuevo imperio o monarquía universal, de la que sería reina la amada de Antonio, según los testimonios de Dión Casio y de Plutarco: «*βασιλέα βασιλέων καλεῖσθαι ἐκέλευσε*» ⁶⁶. *Καὶ θέμενος ἐπὶ βήματος ἀργυροῦ δύο θρόνους χρυσοῦς, τὸν μὲν ἑαυτῷ, τὸν δὲ Κλεοπάτρα... πρῶτον μὲν ἀπέφηγε Κλεοπάτραν βασίλισσαν Αἰγύπτου καὶ Κύπρου καὶ Λιβύης καὶ κοίλης Συρίας: y colocando sobre un tribunal de plata dos tronos de oro, uno para sí y otro para Cleopatra... en primer lugar declaró a Cleopatra Reina de Egipto, de Chipre, de Libia y de la Celesiria* ⁶⁷. Ambas reinas luchan por un interés propio y exclusivo de su pueblo y de su cultura oriental, frente a los intereses universales y eternos del pueblo romano.

⁶⁵ Después de terminado en parte este artículo, la amabilidad de mi querido Maestro y amigo, Dr. D. Antonio Tovar, puso en mis manos el precioso libro de FRIEDRICH KLINGNER, titulado «*Römische Geisteswelt*», Wiesbaden, 1952. El autor dedica en su libro cuatro capítulos a Virgilio, en sus distintos aspectos: *Virgil und die geschichtliche Welt.—Virgil, Wiederentdeckung eines Dichters. Die Einheit des virgilischen Lebenswerkes.—Das erste Hirtengedicht Virgils.*

⁶⁶ DIÓN CASIO, XLIX, 41, 1.

⁶⁷ PLUT., *Ant.*, LIV, 3 y 4.

A pesar de ese paralelo de intereses, hay algo que las distingue profundamente. Dido, al menos en la exégesis cristiana, merece los mejores elogios del historiador Justino y de San Jerónimo, de quien es la alabanza más cumplida de la Reina cartaginesa: «*Maluit ardere quam nubere*». Cleopatra, en cambio, no es sino la personificación del amor culpable que ha estrechado fuertemente a un hombre romano, que ya no piensa sino para su amada y cortesana.

Si bien Virgilio hace a Dido culpable: «*Non seruata fides cineri promissa Sychaeo*»⁶⁸ es también esa misma confesión de la desdichada reina la que le purifica, y tras de la cual viene la paz y la calma; y en medio de ellas parece escuchar la voz de su esposo que la invita a morir. En las últimas palabras de Dido, Virgilio expone todo un compendio de los sentimientos que embargan su ánimo al morir: sentimientos de amor, de gloria y de venganza. La reina egipcia, por el contrario, constituye ella misma un crimen: «*sequiturque, nefas, Aegyptia coniux*»⁶⁹. El amor de M. Antonio por Cleopatra constituye ya un delito contra el Imperium y es castigado ese delito junto con los delincuentes en la batalla de Actium, que constituye el triunfo definitivo de Roma. Como nota Klingner «*Unter diesem Aspekt hat der Sieg des Octavianus über Antonius, des Westens über den Osten, eine besondere Bedeutung, ähnlich der, die die Griechen ihrem Siege über die Perser zuschrieben: die Normen und Ideale der Kulturwelt haben mit diesem Siege über die Barbarei gesiegt*»⁷⁰, «*bajo este aspecto, la victoria de Octaviano sobre Antonio, del Occidente sobre el Oriente, tiene una significación especial, semejante a la que los griegos atribuyeron a su victoria sobre los persas: las normas y los ideales del mundo civilizado han vencido con esta victoria a la barbarie*». La espada de Augusto ha vencido al sistro que empuñara Cleopatra en la batalla: «*Regina in medios patrio uocat agmina sistro*»⁷¹.

Para Virgilio la aventura de Antonio y de Cleopatra y la aventura de Dido y de Eneas son muy parecidas. Pero sin embargo, como observa muy acertadamente Guillemin, «*se ressemblent au point de*

⁶⁸ *Aen.*, IV, 552.

⁶⁹ *Aen.*, VIII, 688.

⁷⁰ KLINGNER, *Römische Geisteswelt*, pág. 228.

⁷¹ *Aen.*, VIII, 696.

départ, mais tout à coup se diversifient ou plutôt s'opposent. Antoine a été perdu sans retour par la tentation égyptienne, conduit à la défaite et à la mort; Enée s'est relevé de la tentation carthaginoise»⁷². Ambos jefes han sido tentados, pero el uno supo vencer y el otro quedó preso en las redes amorosas de una reina extraña.

La tentación de Eneas ante Dido no es la misma que la de Antonio, y en eso estriba la diferencia de ambos en el desenlace final. Al troyano le tienta el lujo, la riqueza de la ciudad cartaginesa; Cleopatra, en cambio, atrae al triunviro romano por su belleza y atractivo personal. Eneas sale vencedor ante las riquezas de la «*diues Dido*» porque pasan por su vista las escenas gloriosas de sus futuros descendientes, y Antonio, por el contrario, no puede luchar y cede a los lazos de amor extranjero que le ofrecen los brazos de una reina egipcia porque no aspira a otra gloria que a la de ser esposo de una bella dama extranjera, que supo hacer temblar al Capitolio, arrebatando a Roma uno de sus mejores generales.

Virgilio, sin duda, debía mucho a César Octaviano y por eso hace que la Italia de entonces, atormentada poco ha por las guerras civiles, restaure en la persona de Augusto, en el vencedor de Actium sobre Antonio, sobre Egipto y sobre todo el mundo asiático y oriental, aquella gloria y brillo primitivo cuyo encanto había ya ensalzado en sus poemas de la vida rústica y pastoril. «Es ist schliesslich ein grosser Schicksalszusammenhang, der jene frühe Herrlichkeit und das neue Heil umfasst, das Caesar bringt», «en definitiva es una gran unidad de destino la que abarca aquella primitiva magnificencia y la nueva salud que trae César»⁷³.

Después de muchos años de inquietudes y de impaciencias, la victoria de Actium debió de haber venido como una redención para el pueblo romano, y debió de haber colaborado a que llegase a su perfección la idea de una Roma imperial, de una Italia universal con que soñara Augusto. También el poema de Virgilio debió de colaborar a esa idea imperialista ya que, después de haber cantado en la vida rústica la gloria antigua de Italia, entonaba ahora en su *Enei-*

⁷² VIRGILE, pág. 267.

⁷³ KLINGNER, *op. cit.*, pág. 227.

da el canto del poema nacional. Si Octaviano realiza la majestad de Roma que surgió de la vida rústica de la Italia antigua, dándole la victoria en la lucha contra el amenazador peligro de la barbarie, Virgilio establece y engrandece poéticamente la imagen de aquella Roma antigua, en donde había de comenzar la restauración de la Italia de Augusto.

Aunque el poema virgiliano lleva al frente el nombre de Eneas, se puede decir que Augusto es el centro y el que en realidad lo ocupa todo entero:

In medio mihi Caesar erit, templumque tenebit ⁷⁴.

El poeta ha sabido mezclar en su poema para la divinación de Augusto tres maneras de apoteosis, la oriental del gran Rey, la griega del héroe, y la romana de la religión del Estado, concurriendo todo ello a la glorificación eterna de la persona de César Octaviano y de su victoria de Actium, al través de un fondo primitivo histórico en que se desenvuelven los antepasados troyanos.

Pese al elemento troyano que podría empañar la gloria latina, Virgilio ha hecho triunfar siempre al pueblo romano. Las referencias de Anquises en la Eneida, referencias «die Virgil kaum hätte stehen lassen, wenn er die letzte hand an das Werk hätte legen können», «que Virgilio no hubiese dejado si hubiera podido terminar su obra» ⁷⁵, no se refieren al destino personal de Eneas, sino al destino «überpersönlichen» de la «res romana» hasta Augusto. Eneas obra en realidad, pero su «pietas» hace que en definitiva obre el plan divino universal que acaba por señalar en todo a Augusto y la ordenación augústea de todas las cosas. Eneas, para Virgilio, viene, «*fato profugus*», es un vencido y no un invasor como le hiciera concebir Alecto a Turno; los valerosos troyanos que vienen con él, se han fundido con los latinos de tal manera que han renunciado a su propio nombre. Los Romanos — tras el triunfo de Eneas sobre Turno — serán potentes como itálicos y no como troyanos, cuyo nombre ha desaparecido ya:

⁷⁴ *Georg.*, III, 16.

⁷⁵ KLINGNER, *op. cit.*, pág. 234.

Sit Latium, sint albani per saecula reges,
sit Romana potens Itala uirtute propago;
occidit, occideritque sinas cum nomine Troia ⁷⁶.

Pasando ahora de un poder a otro, de una hegemonía a otra, de un Imperio a otro, al ver a Roma empuñando el cetro con que la soñara Virgilio, nos parece que entre los cañones de Sant' Angelo y los acordes maravillosos de la Capilla Sixtina, los proféticos acentos de la *Eneida*:

...Illa incluta *R O M A*
imperium terris, animos aequabit Olympo ⁷⁷

se esfuman dentro de aquellos otros sublimes que cantan la realidad de la otra Roma eterna y universal que rige y gobierna todos los pueblos y naciones:

O *R O M A* felix quae duorum Principum
es consecrata glorioso sanguine:
Horum cruore purpurata caeteras
excellis orbis una pulchritudines ⁷⁸.

FR. JOSÉ OROZ DE LA CONSOLACIÓN, O. R. S. A.

⁷⁶ *Aen.*, XII, 826-828.

⁷⁷ *Aen.*, VI, 781-782.

⁷⁸ *Hymn. ad Vesp. in fest. SS. Petri et Pauli.*